



“IV. Las oleadas célticas”

p. 123-144

Pedro Bosch-Gimpera

El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España

Segunda edición conmemorativa

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1995

430 p. + [XLVI]

Figuras

ISBN 968-36-4439-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/001/poblamiento_formacion.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPITULO IV

LAS OLEADAS CELTICAS

1. *La primera oleada: los celtas de las urnas*

Los celtas entraron en la Península en distintas oleadas.¹ La primera, la de *los celtas de los campos o cementerios de urnas* (“Urnenfelder”), *partiendo de Alemania meridional*, en donde se había replegado parte del grupo céltico que ocupaba la frontera con los grupos de pueblos que generalmente se consideran “ilirios”: uno de éstos, el de la cultura del Lausitz, a fines de la edad del bronce empujó hacia el oeste al grupo bohemio de Knovic, que se infiltró en Alemania, transformándose la antigua cultura de los túmulos en la nueva de las urnas. Desde el sur de Alemania, los celtas de las urnas pasan el portillo de Belfort y descienden por el valle del Ródano, infiltrándose por el este y centro de Francia. Por la costa mediterránea llegan a la *Cataluña litoral* y penetran en los *llanos de Urgel* (Verdú-Virodunum, Guissona, Llardecans), llegando hasta el Ebro (El Molar) e infiltrándose en la *parte oriental de Aragón* (en la región del Cinca: Sena, en el bajo Aragón: Escodines Baixes de Mazaleón). Esta invasión céltica entró por los pasos de las Alberas; pero, al mismo tiempo, otros grupos entrados por otros

puertos pirenaicos (Puymorens, Coll de la Bonaigua, cerca del cual se halla Salardú-Salardunum), se perdían entre los pueblos de la *montaña catalana* (entre los arenosios, los ceretanos, los bergistanos y aun entre los ausetanos). La *llegada* a Cataluña de esos celtas puede colocarse *hacia* 900 a. de J. C. y su dominación continúa hasta 650: entonces los iberos del sur reaccionan y los borran a su paso hacia la costa francesa. De todos modos, restos célticos del pueblo de las urnas continúan intactos hasta los alrededores de 500 en la región al oeste de Gerona (Anglés), en Olot (Gibrella y el nombre de Besalú-Beseldunum) y aun en el Ampurdán (Perelada). *La cultura céltica* de las urnas deja también *influencias en las indígenas* de la segunda edad del hierro, en las razas de animales domésticos y en la colonización agrícola del país (nombres en-*acum*).

El carácter militar de la ocupación céltica lo indican los citados nombres de lugar con el sufijo *-dunum*, que significa fortaleza.

Podemos sospechar que entre las tribus que formaban parte de esta primera oleada céltica se hallaban los *beribraces* (nombre que significaría: el pueblo del castor, *Biber* en alemán), posiblemente un animal totémico de la tribu. Este mismo nombre: los *bibroci*, aparece entre las tribus célticas primitivas de la Bretaña francesa, a donde, en otro movimiento, debieron llegar también celtas de las urnas.

De los beribraces de la oleada que penetró por Cataluña y que se extendió por el bajo Aragón, quedaron restos arrinconados en las montañas del occidente de la provincia de Castellón, en donde los conoce el Periplo massaliota en la primera mitad del siglo VI y, luego, otros beribraces aparecen, arrinconados también, en las montañas que bordean el Rosellón al otro lado del Pirineo, en donde los encuentra Aníbal en el siglo II antes de nuestra era.

2. La segunda oleada

a) *Los grupos celto-germánicos de Westfalia.*—Una segunda oleada se produce a consecuencia de los *movimientos germánicos en la línea del Rhin* (primeros avances de las culturas de Wessenstedt y de Harpstedt), durante la época hallstática y llega a España en distintos momentos.

Grupos pertenecientes a la cultura hallstática *del bajo Rhin fueron puestos en movimiento por las primeras infiltraciones germánicas en Westfalia (cultura de Wessenstedt: hacia 800)*. Después de una posible permanencia en el occidente de Francia, fueron empujados *hacia España*, a través de un proceso todavía mal conocido, acaso *hacia 700*. Luego un *grupo celto-germano, desplazado de Westfalia*, que atravesó Holanda y Bélgica (*cempsos, cimbrios, germanos, eburones*) por los primeros movimientos germánicos de *la cultura de Harpstedt, hacia 650*, encuentra su camino hacia España, pasando por la costa atlántica francesa.

Los que entraron primero, como todos los celtas de la segunda oleada, pasaron por los puertos occidentales del Pirineo, quedándose en el *valle alto del Ebro* o siguiendo el curso del río (Redal en la Rioja, Roquizal del Rullo, cerca de Fabara), infiltrándose en el *bajo Aragón* entre los iberos que ya habían experimentado las infiltraciones anteriores de los “Urnenfelder”. Otros penetraron en la meseta castellana, siendo probablemente desplazados hacia su margen este y sur por el siguiente grupo (el de los *cempsos*), desarrollando la cultura hallstática arcaizante de Las Cogotas I (provincia de Avila), extendida luego a los alrededores de Madrid (Areneros) y del alto Duero y la alta montaña soriana (Numancia I). El origen de este grupo, formado probablemente por los que luego conocemos con el nombre de *berones* en la Rioja (Redal) y de *pelendones* (en el alto Duero y la montaña soriana), parece indicarlo la *cerá-*

mica llamada "excisa", decoraciones cortadas profundamente: el "Kerbschnitt" que recuerda la del grupo hallstático del bajo Rin en Alemania, el sur de Holanda y sureste de Bélgica, la pintura del bajo Aragón (San Cristóbal de Mazaleón), que parece tener relaciones con la cerámica pintada hallstática alemana (Niedermockstadt: Hallstatt C) y los morillos del Roquizal de Rullo y los pesos de telar del bajo Aragón que se hallan en toda la cultura del Hallstatt C alemán. En el occidente de Francia parecen haber quedado restos de los pelendones, que acusa el nombre de Belin en la región de las Landas.

Los grupos celto-germánicos de Westfalia se establecieron, por fin, después de una etapa en la meseta castellana, en el valle inferior del Tajo, en Portugal y en la Extremadura española. Los *cempsos* se reconocen en la necrópolis de *Alþiarça* (Portugal), con cerámica que recuerda la de *Vledder-Bonnin-ghardt* de Holanda y de la región de Düsseldorf. Los *germanos* se extendieron por la *región de las minas del norte de Sierra Morena* y se infiltraron entre los oretanos (*Oretum germanorum* y "*germani*" de Plinio).⁴⁶ Los *cempsos*, además, trataron también de extenderse por la *baja Andalucía*, en donde consiguieron establecerse temporalmente en la isla de Saltés (Cartare), cerca de Huelva, así como otros grupos célticos se mantuvieron largo tiempo en algunas ciudades del sur de las provincias de Sevilla (Hasta, Salpensa) y de Málaga (Cártima, Acinipo, Arunda). Los *cimbrios* se apoderaron de *Cembricum* (provincia de Cádiz), que poseían todavía en la época romana. Los restos de los *cempsos* se conocen como "*celtici*" en el Alemtejo y en las zonas limítrofes entre las provincias de Badajoz y Huelva durante la romanización. Intentaron penetrar incluso hacia Córdoba, pero fueron contenidos en la región de Villanueva del Duque. Este hecho parece indicarlo la lápida romana que habla de un "*trifinium*" o sea del límite entre las tres ciudades de Epora-Montoro, Sacili Martialis-Alcorrucén junto a

Pedro Abad y Solia en el valle de los Pedroches cerca de Villanueva de Córdoba: la última pertenecería a los célticos que avanzaron hacia Córdoba y las otras dos eran de los pueblos del valle del Guadalquivir. Así y todo se encuentran *influencias célticas en la cultura tartesia* de Los Alcores de Carmona, en Setefilla y en toda Andalucía. Con este conglomerado de pueblos debieron llegar también grupos de *eburones* germánicos a Portugal (Eburra-Evora). Este movimiento no puede ser muy posterior a 650.

b) *Las presiones germánicas en el Rhin, Hessen y Turingia, y los movimientos del conglomerado de los "sefes"*.—Una nueva presión germánica representada por el principal movimiento de la *cultura de Harpstedt* (caracterizada por el vaso llamado "Rauhtopf"), en el Rhin, operándose desde Düsseldorf y Colonia a Coblenza, hizo marchar los *sefes* a través de los pueblos de la *cultura del Eifel-Hunsrück* del Hallstatt D. A ellos se juntaron otros pueblos célticos, los turones, empujados por la entrada de los germanos en Turingia, añadiéndose a los turones *otras tribus de Hessen* y de las regiones vecinas de la *Alemania central*: los *nemetati* o *nemetes* (entre el Main y la orilla derecha del Rhin), *los boios* y *los santones* (cerca del Main), los *bituriges* (Hessen renano; ¿quizás el pueblo de los "Fürstengräber" del subsiguiente La Tène I de esta misma región?). Acaso también salieron grupos de *volcos* de Hessen (¿los olcades de España?)

A su paso por el este de Francia, otros pueblos se les juntaron: los *lingones* (Langres) y los *senones* (Mosela y Ardenas, a donde habían sido arrinconados acaso por otra presión germánica ejercida en Bélgica, que desplazó a Champaña el pueblo de la cultura de Les Jogasses). El movimiento continúa hacia la Turena y el camino de Tours-Angulema-Burdeos-Bayona, habiendo dejado en las etapas de este camino grupos que se reconocen más tarde: los *senones* (en Sens), los *nemetes* (en

Nemours), los bituriges (en Bourges), los santones (en Charente), los bituriges viviscos y los lingones, acaso también los boios en Gironde, así como se recogieron *lemovices* del Limousin. En el suroeste de Francia se producen también movimientos parciales de grupos que avanzan hacia las mesetas de Ger y de Lannemezan (Avezac-Prat) o que son empujados hacia el Ariège (*belendi*, parientes de los pelendones que se hallaban ya en España), aunque restos suyos permanecieron en las Landas (“belendi” de Belin). Estos celtas del suroeste de Francia que quedan arrinconados en la zona pirenaica pertenecerían al movimiento del Hallstatt C, desplazado por las primeras presiones germánicas de Westfalia del 800.

Los que no se quedaron por el camino y llegaron a España, se establecieron en las llanuras del occidente de la meseta castellana, desde donde alcanzaron (acaso más tarde empujados por los belgas), la provincia de León, Asturias y Galicia, así como el Portugal septentrional y central. Son los grupos célticos infiltrados entre los astures (*lungones* en el camino de Pajares, por Pola de Lena a Gijón), los *nemetates*, *turodi-turones*, *lemavi-lemovices* y *sefes de Galicia y de Portugal*. En el Duero y en los confines de Zamora y de Galicia explotarán más tarde los yacimientos de estaño. Cuando los nuevos movimientos (de los belgas) lleguen a la meseta, poco después del 600, serán a su vez arrinconados hacia las vertientes y los valles de las sierras de Gredos y de Gata y hacia el *límite de Salamanca y Extremadura* (elementos célticos de los vetones, “berracos”, cultura de Las Cogotas II, con raíces en la cultura del Eifel-Hunsrück). Otros destacamentos, por el camino de Extremadura, constituyeron los elementos célticos del grupo vetón de Extremadura y, posiblemente, entre ellos había tanto celtas del grupo desplazado (turones en Turóbriga-Aracena), como de los nuevos invasores (turmódigos de Turmogum-Garro villas).

Finalmente los *turonos* (turolenses) serán arrinconados hacia Teruel, probablemente por el avance del grupo belga (arévacos, belos, tittos). Más tarde, desde allí tratarán de bajar hacia el mar por el camino de Segorbe que durante algún tiempo debió señalar una victoria céltica (Segóbriga = fortaleza de la victoria), como acaso también Sagunto, si en el nombre de esta última ciudad pudiese reconocerse la misma raíz céltica. En la zona montañosa intermedia, entre las cimas de la cordillera costera y el litoral, fueron precedidos por los beribraces del grupo céltico de las urnas que, posiblemente, son una extensión de sus infiltraciones en el bajo Aragón.

En relación con el arrinconamiento de los Turones se produjo acaso también desde el alto Duero y el alto Jalón, extendiéndose por las terrazas de la provincia de Cuenca el de los *olcades* que se infiltraron entre los contestanos y los pueblos ibéricos de la costa valenciana y de Alicante (formas célticas de Oliva, etc.). La frontera de las tribus, en el límite contra los pueblos de otra naturaleza, lo marcan los lugares con los nombres de Ituero, Piedrafita, etc., que a veces también denotan límites entre tribus célticas; la frontera entre los olcades (¿volcos?) de la provincia de Cuenca y sur de la de Valencia y los iberos de la de Albacete y parte limítrofe de la de Valencia la señala el nombre de Cofrentes al norte de la fortaleza ibérica de Meca.

En este complejo étnico de los sefes-turonos sin duda existían también *elementos germánicos*, pertenecientes a las avanzadas de los promotores del movimiento, que se mezclaron con los celtas emigrados, lo mismo que parece haberlos habido en el primer aluvión celto-germánico procedente de Westfalia que llevó al suroeste de España a los cempsos junto con elementos cimbrios, eburones y germanos en sentido estricto.² En relación con el gran movimiento del segundo aluvión podemos descubrirlos en la región de Lugo a través de una inscripción ro-

mana que alude a la diosa Poemana, al parecer la epónima de los *pemanos*, así como el nombre de Eburobritium (Evora al norte de Lisboa, en el territorio de los sefes) esconde otro grupo de eburones.

La *llegada a España del conglomerado de los sefes-turones-lemavi-nemetates-lungones-olcades-eburones* parece deber fecharse *hacia 600 a. de J. C.*

c) *Los belgas*.—Las presiones germánicas se continuaron en Bélgica durante el curso del siglo VI, originando la partida, hacia el 600, de algunos *grupos de celtas belgas*. Pertenecían sobre todo a los *suessiones* y a los *belovacos*; pero en el conglomerado nuevo había *nervios*, *ambianos* y *veliocasses*, así como otros celtas, no belgas de la región del Eure: los *autrigones* que debían haber pertenecido al pueblo de los aulercos eburovices, por cuyo territorio corre el Eure (Autura), y que emigrarían al ser invadido aquél por una avanzada germánica de eburones.

Llegados a España, se establecieron, ante todo, desde los Pirineos a la Rioja y al Ebro: los *suessiones* a lo largo del camino Pamplona-Vitoria-Miranda, los *autrigones* en la cabeza de puente de Miranda de Ebro, a ambos lados del desfiladero de Pancorbo, en el valle de la Bureba (provincia de Burgos) y en las montañas de Vizcaya y Santander inmediatas. Otros se infiltraron entre los vascos costeros (*origeviones*, *caristios* y *nerviones*, estos últimos acaso de origen germánico) o entre los cántabros (*veliocasses*), dominando sobre todo el camino de Reinosa al mar.

Los grupos principales ocuparon las tierras productoras de trigo de la meseta castellana superior. Estos fueron los *belovacos*, *divididos en varios grupos*: los *vascones* se dirigieron hacia la Tierra de Campos (Palencia-Valladolid), avanzando luego hacia Salamanca, Zamora y Avila; los *vacceos extremos* o *arévacos* remontaron el valle alto del Duero hacia Soria y Numancia. Esta última ciudad hacia el siglo III la conquistaron a

los pelendones del primer aluvión, arrinconándolos en las altas montañas. Los *belos* desbordaron hacia el alto Jalón, extendiéndose por su margen izquierda. Con los *belos* se extendieron otros grupos célticos menos importantes: los *tittos* (ribera derecha del Jalón y parameras de Molina).

Las *avanzadas del movimiento* llegaron más lejos. Las del grupo de los *belos* deshicieron la tribu indígena de los *lusones*, celtizándola y reduciéndola al medio y bajo Jalón de Bílbilis-Calatayud a Nertóbriga-Calatorao y al Jiloca (Daroca); luego descendieron por las terrazas de La Almunia y Cariñena y por la sierra de Cucalón hasta el límite de los edetanos ibéricos de Zaragoza, cuya frontera occidental contra los celtíberos señala Piedrahita (provincia de Zaragoza). Las vanguardias de los arévacos, al avanzar por el alto Duero, debieron desbordar desde Agreda por las vertientes del Moncayo en dirección al Ebro, en donde son conocidas con el nombre de *celtíberos del Ebro*, sin denominación particular de tribu (Turiasso-Tarazona, Balsio-Cortes, Bursada-Borja).³ El avance de los belgas hacia el Jalón-Jiloca y el Ebro da lugar al arrinconamiento de los grupos extremos de los pueblos del conglomerado sefes-turones: los turones o turolenses hacia Teruel, arrinconados por el avance de los *tittos* por las parameras de Molina. En la orilla izquierda del Ebro (desde Gallur, por los montes de Castejón y Zuera) al norte de Zaragoza, hasta el Gállego, al que dieron nombre, existe un grupo que no sabemos si procedía de los movimientos anteriores o si está en relación con la avanzada de los celtíberos del Ebro.

La *invasión de los belgas*, que representa el último tiempo de esta gran oleada, *debió partir de su patria* todavía durante la época de Hallstatt, es decir, aún durante el *siglo VI*, y el fin del movimiento, en España, debió haberse terminado hacia 570, pues su cultura, que evoluciona a través de la que hemos llamado posthallstática,⁴ no contiene en sus principios todavía

ningún elemento de La Tène. Cuando éstos aparecen en una etapa ya muy avanzada de la cultura posthallstática (siglos IV-III = La Tène I-b y sobre todo La Tène II) representan simples relaciones con la cultura de La Tène de Francia y, en ningún caso, una nueva invasión, ya que los tipos de La Tène aparecen esporádicamente en las estaciones de la cultura hallstática sin desnaturalizarla y sin formar grupos compactos, de manera análoga a como se introducen tipos de La Tène, especialmente fíbulas y espadas, en la cultura ibérica del este y sur de España. El *terminus ante quem* del movimiento, en España, lo señala el haberse situado los grupos extremos del conglomerado anterior de los sefes en zonas litorales, ya en tiempo del Periplo (570 a. de J. C.)

Después de la invasión de los belgas del siglo VI, no parece haber habido más movimientos célticos hacia España, contra lo que creía Hubert.⁵

3. *Los celtas en el centro de Europa y sus movimientos después del siglo VI*

Los celtas en el centro de Europa parecen haber logrado, desde principios del siglo V, calmados los movimientos germánicos que se infiltraron en Bélgica y desplazaron los belgas a España, estabilizar la frontera, que protegieron mediante fortificaciones a lo largo de la línea Ardenas-Eifel-Westerwald-Taunus,⁶ las cuales parecen indicar dónde se habían producido las irrupciones de la gran oleada anterior. Entonces, al amparo de esta seguridad, florece su cultura, como revelan los “sepulcros de príncipes” del Marne y del Rin, con objetos de oro abundantes, fíbulas de máscaras humanas y cabezas de animales, en el buen estilo de La Tène I y abundancia de importaciones griegas.⁷ Hacia 400, los nuevos movimientos célticos derivaron hacia Italia y el Danubio, como quiere la tra-

dición referente a las grandes expediciones de Segoveso y Beloveso, desde el país de los bituriges y que creeríamos representar, no una huída delante de un nuevo peligro, sino por el contrario, una expansión de un pueblo en plena prosperidad, y partir, no de Francia, como se ha creído frecuentemente, sino del Rhin, de los bituriges renanos, aunque participaron de ella grupos originarios de otras tribus de Alemania y de Francia. Hessen conservó su población céltica (los volcos) hasta que las nuevas presiones germánicas en el siglo III (La Tène II) la obligó a emigrar, esta vez hacia el sureste de Francia, siguiendo el camino del Ródano y alcanzando el Rosellón y la llanura de Tolosa. Pero no llegaron a pasar la frontera de las Alberas y por consiguiente no ocasionaron trastornos a España: su vecindad sólo se advierte en la aparición de los mencionados tipos de La Tène II, llegados a España por la vía de la relación comercial.

La frontera oriental de los celtas se mantuvo todavía intacta al este del Vogelsberg y del Rhön, siguiendo por la selva de Turingia: allí sus fortificaciones (Steinsburg cerca de Römhild, entre Meiningen y Coburgo) resistieron hasta que, a principios del siglo I, llegaron nuevas presiones germánicas irresistibles³ y con ello terminó el dominio céltico en Alemania, quedando sólo grupos aislados más o menos mezclados o rodeados de pueblos germánicos.

4. *La dominación céltica en la Península*

El *apogeo de la dominación céltica* en la Península fué el tiempo entre el siglo VI y el II a. de J. C. Entonces, después de haber fracasado en su intento de apoderarse de toda ella, por la resistencia de los tartesios en el sur y de los iberos en la costa oriental, pudieron mantener su poderío en casi todo el centro, en el oeste y en el norte, mezclándose con los indígenas, de los

que aparentemente desapareció todo rastro. Estos continuaron, con alguna personalidad sólo en las zonas marginales. Así, los lusitanos, aunque habían experimentado una fuerte influencia de los celtas vecinos, consiguieron, por fin, romper su dominación y extenderse, dominando a su vez la mayor parte de Portugal y la Extremadura española en el siglo II.

Uno de los principales factores de la decadencia céltica debió constituirlo, poco antes, en la segunda mitad del siglo III, la extensión de las campañas cartaginesas al centro de España, en que llegaron hasta Salamanca.

Los celtíberos se confundieron a la larga con los vencidos y se mezclaron con el extremo de los pueblos ibéricos, como lo denota su nombre y lo confirma su cultura, en la que, después de la netamente posthallstática de las necrópolis y castros de Guadalajara y Soria, a partir del siglo III comienzan a aparecer elementos ibéricos (cerámica) para, en el II, hasta la caída de Numancia en 133, tener una cultura con fuerte sabor ibérico. Los celtíberos fueron todavía bastante fuertes para luchar durante cincuenta años con los romanos y, aun después de la toma de Numancia (133), hubo nuevas sublevaciones de ellos (99-94) y de los vacceos (56 a. de J. C.), y su cultura, decadente, continúa hasta los alrededores de nuestra era. Portugal, después de las guerras lusitanas (154-138) quedó sometido a los romanos, aunque todavía hubo un nuevo alzamiento de su pueblo en 109-94.

Después de la muerte de Viriato, el principal caudillo de los lusitanos, una vez deshecha la dominación céltica del centro de Portugal y de la expansión temporal lusitana, cuando ya los romanos dominaban el sur y el este de la Península, Bruto Callaeco sometió, por lo menos nominalmente, el norte de Portugal y Galicia, en los que se mantenía la hegemonía céltica, en 138. Pero la cultura céltica, allí como en el norte de España (poblado indígena de tipo céltico en Coaña, Asturias),⁹

continúa incólume y sus pueblos no fueron apenas tocados por la de los nuevos dominadores hasta que Augusto logró por fin someter a los cántabros y astures, junto con los gallegos también sublevados.

En los territorios próximos al extremo occidental del Pirineo ocupados por los vascones, la dominación céltica no afectó demasiado a la masa de la población y mantuvo sin duda constantemente su carácter militar, desvaneciéndose cuando los romanos circularon por el alto valle del Ebro en conexión con las campañas de Celtiberia. Ya a principios del siglo II, Catón debió establecer amistad con los vascones y obtener una sumisión teórica, quebrantándose el núcleo fuerte de los suessiones-suessetanos que eran los principales dominadores de los vascones y de los pasos pirenaicos. Sacudido el yugo céltico y reducidos los suessiones a la zona de arrinconamiento del sur de Navarra, los vascones, quién sabe si de acuerdo con los romanos, avanzarían por el Ebro hasta Tudela y Alagón,¹⁰ poco a poco, recluyendo a los suessiones en las montañas de la baja Navarra hasta su total desaparición como pueblo y su absorción por los vasco-navarros. Los vascones, de todos modos, no encontrarían del todo cómodo el nuevo dominio y se sublevaron el 56 contra los romanos, permaneciendo luego quietos.

En el territorio de los cántabros y astures, también los pequeños núcleos celtas que los dominaron debieron acabar absorbidos por los pueblos indígenas.

5. Los resultados del dominio céltico

En general parece que, a pesar de la celtización cultural, los pueblos de Portugal y de Galicia, lo mismo que los del norte de España (Asturias, el territorio cantábrico) debieron mantener gran parte de su población indígena intacta bajo el dominio céltico y que, a la larga, en estos territorios aquella debió

predominar, no siendo sus habitantes tan celtas como generalmente se supone. Donde los celtas parecen haber arraigado fuertemente, merced probablemente a la poca densidad de la población anterior, es en las tierras llanas de la meseta castellano-leonesa, en donde transformaron muy probablemente su pueblo y le imprimieron profundamente su propio carácter.

La aportación de los celtas a la vida y a la economía de los territorios que dominaron fué múltiple. Por un lado una más firme organización política y militar, social y jurídica, que hay que imaginarse parecida a la de otros países célticos. La imposición de su lengua, que debió desterrar las indígenas de tipo mucho más primitivo y que sólo sobrevivieron a la larga en el norte de España, dejó un fuerte rastro céltico en la toponimia, encontrándose éste incluso en la del país vasco. Los cultos y prácticas rituales célticos persisten largo tiempo en Galicia, hasta entrado el período suevo-visigótico, aunque es muy difícil saber lo que realmente se debe a los celtas y lo que sobrevivió del estado de cosas anterior. La vida urbana se propagó en muchos lugares del centro y norte de España, desconocida antes; en cambio, en Portugal y Galicia las ciudades célticas no hicieron sino reforzar y ampliar las tradiciones urbanas anteriores y muy arraigadas ya en el país; en las comarcas rurales, y especialmente en las zonas montañosas, los núcleos de población toman el carácter típico céltico de un centro de defensa y refugio (el “castro”, como el “Ringwall” de otros países), con la masa general de la población dispersa en el territorio, tipo que persiste a través de las “civitates” de la época romana, que incluyen todo el territorio dependiente de ellas.

En la economía extendieron sin duda el cultivo del trigo en gran escala, una de las características de los celtas históricos. La meseta, probablemente, lo debió a ellos, siendo posible que, antes de su entrada, la población indígena poco densa continuase la economía primitiva del neolítico y fuese predominan-

temente pastora. Este estado de cosas siguió en las zonas montañosas. La minería se desarrolla en algunas regiones, como en las vertientes septentrionales de Sierra Morena y en los distritos estaníferos del sur de Galicia (Pontevedra y Orense), del norte de Portugal (Tras-os-Montes) y de la provincia de Zamora. Como han observado Gómez Moreno y Leeds,¹¹ la población de ambas riberas del Duero desde Barca d'Alva a su confluencia con el Esla y en el valle del Aliste (provincia de Zamora) debió ser entonces mucho más densa que en la actualidad, a juzgar por el número de castros que allí se encuentran. Ello se debió sin duda a la explotación del estaño, que se intensificó en los últimos tiempos prerromanos, después de la época de los viajes de los tartesios a la Bretaña del siglo VI y de los de los propios celtas de Galicia a Cornuailles y a los mercados del estaño (islas Cassitérides, en Bretaña), probados arqueológicamente desde el siglo V. Indican esta relación tipos de cerámica y fíbulas de origen español encontrados en los "hill-forts" de Cornuailles (Chun-Castle) y del noroeste de Francia (Kervilré, Lannion en Bretaña), así como la introducción de estatuillas de bronce de tipo andaluz ibérico a través de este comercio y que llegaron hasta Irlanda e Inglaterra (Blandford en Dorset).¹²

En la región del Moncayo, en Celtiberia, los celtas desarrollaron, además, la industria del hierro, siendo conocida la fama que alcanzó el temple de sus espadas.

La prosperidad de los celtas durante su apogeo en España la indica el florecimiento de los distintos grupos regionales de su cultura: la de los castros de Portugal y Galicia, con sus grupos relacionados en Extremadura, León y la meseta palentina, y en Asturias, el grupo arévaco del alto valle del Duero y los grupos celtibéricos del Jalón con su cultura posthallstática, que se extiende por el territorio de los pelendones de Numancia y de la alta montaña soriana, en donde persiste la tradición hallstática arcaizante, lo mismo que en el sur de Avila (Cogo-

tas) y en Madrid hasta la absorción de la cultura de Las Cogotas por la de los vacceos de la meseta leonesa, como en Madrid debió ser absorbida la cultura arcaica por la de los carpetanos ibéricos. En el período de apogeo vemos a los celtas de Extremadura recibir, a través sin duda de sus infiltraciones andaluzas, joyas fenicio-cartaginesas (tesoro de la Aliseda), como los grupos extremos de Portugal comerciaron con los tartesios de Andalucía y recibieron su cerámica (castros de Figueira en la desembocadura del Mondego, Alcacer do Sal en la del Sado) y luego con los cartagineses.

En Andalucía, en donde se produjeron infiltraciones célticas en territorio tartesio, hubo muy pronto grandes contactos culturales, indicados ya en los sepulcros de Los Alcores de Carmona y de Setefilla en la provincia de Sevilla, por la presencia, en medio de la cultura ibérica andaluza primitiva, de bronce y láminas de cinturón de tipo hallstático y de fíbulas del tipo de La Certosa. En el armamento de las necrópolis andaluzas, a partir del siglo v se encuentran influencias de las armas célticas (soliferreum), lo mismo que de los iberos debieron tomar los celtas el sable curvo, llamado falcata, de origen griego, cuya empuñadura en forma de cabeza de pájaro transformaron los iberos en forma de cabeza de caballo, transmitiéndose así a los celtas del centro de España, en donde, en las necrópolis celtibéricas, aparece al lado de la espada de empuñadura de antenas degeneradas posthallstáticas.¹³

Iguals contactos e intercambios aparecen en la costa oriental y sus regiones vecinas. La cultura de los poblados y sepulcros del bajo Aragón y de la parte montañosa de Castellón y Valencia es, en realidad, una cultura mixta celto-ibérica hasta que en el siglo v se va asimilando a la ibérica del sureste de España. En aquélla duran las formas de cerámica célticas derivadas de la evolución de la cerámica de las urnas y de la hallstática excisa (“Kerbschnitt”), a la vez que se conocen los bro-

ches de cinturón y las fíbulas de tipo hallstättico. En el sur de la provincia de Valencia, en el territorio por donde se extendieron o influyeron los olcades o que habitaron los iberos contestanos, en cuyo nombre se ha querido ver una influencia lingüística céltica, se extienden los tipos de la cerámica posthallstättica que llegan (urna esferoidal con tapadera cónica) hasta aclimatarse en las necrópolis ibéricas (El Molar en la provincia de Alicante, Oliva en la de Valencia). Estas relaciones se desarrollaron no sin luchas, como lo demuestra la frontera en el norte de la provincia de Albacete: la fortaleza ibérica de Meca, próxima a la moderna población de Cofrentes, cuyo nombre parece indicador de frontera, algo más al norte, así como la necrópolis de Casal del Monte en Valdeganga (partido de Casas Ibáñez), en el norte de la provincia de Albacete, que puede indicar la extensión de los olcades con armas posthallstáticas.

Otro indicio de las relaciones entre celtas e iberos en la frontera sur por la parte de Sierra Morena, en donde se infiltraron los germanos entre los oretanos, puede serlo la influencia hallstättica que se reconoce en algunos bronce votivos de los santuarios de Despeñaperros y de Castellar de Santisteban con los paralelos entre algunos de ellos y los bronce del territorio céltico (el guerrero sobre una plataforma con ruedas de Almorchón, cerca de Cabeza del Buey, Badajoz).¹⁴

NOTAS

Nuestra visión actual del problema de las oleadas célticas y de la etnología céltica de España se halla en *Two Celtic waves in Spain* ("British Academy", Londres, 1942), que modifica muchos puntos de nuestros trabajos anteriores, incluso de la *Etnología de la Península Ibérica*. Citamos a continuación algunos trabajos que no pudieron ser incluidos en la bibliografía de *Two Celtic waves* por no disponer entonces de ellos o por haber

sido publicados después: Martín Almagro, *La cerámica excisa de la primera edad del hierro en la Península Ibérica* (“Ampurias”, I, Barcelona, 1939, pp. 138 y ss.); B. Taracena, *La antigua población de la Rioja* (“Archivo español de Arqueología”, Núm. 42, 1941, pp. 157 y ss.), (publicación del material de la habitación del Redal); J. Pérez de Barradas, *Fondos de cabaña de la edad del hierro del Puente Largo del Jarama (Aranjuez)*, (“Anuario de Prehistoria Madrileña”, IV-VI, 1933-35, pp. 187 y ss.); *Id.*, *Nuevos estudios de prehistoria madrileña*, I, *La colección Bento* (“Anuario de Prehistoria Madrileña”, IV-VI, 1933-35, pp. 73 y ss.); A. A. Mendes Corrêa, “*Urnenfelder*” de Alpiarça (“Anuario de Prehistoria Madrileña”, IV-VI, 1933-35, pp. 125 y ss.); B. Taracena, *Una cabaña circular en Vinuesa (Soria)*, (“Archivo español de arqueología”, Núm. 44, 1941, pp. 449 y ss.); J. Martínez Santa-Olalla, *Casco de plata céltico de la primera edad del hierro* (“Investigación y Progreso”, VIII, Madrid, 1934, p. 22) y *Ein silbernes Hallstatthelm aus Spanien* (“Forschungen und Fortschritte”, 1933, p. 374); A. García Bellido, *El castro de Coaña (Asturias)* (“Archivo Español de Arqueología”, Núm. 42, 1941, pp. 138 y ss.); J. Uria, *Fragmentos de cerámica excisa en el Castellón de Coaña (Asturias)*, (“Archivo Español de Arqueología”, Núm. 43, 1941, pp. 345-347); J. Cabré, *La “caetra” y el “scutum” en España durante la segunda edad del hierro* (“Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de Valladolid”, VI, 1939-1940); J. L. Monteverde, *Hállazgos burgaleses de la edad del hierro* (“Archivo Español de Arqueología”, Núm. 44, 1941, pp. 440-442); Serrano y Barrientos, *La estación arqueológica de Soto de Medinilla* (“Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de Valladolid”, fasc. V); R. Lantier, *Celtas e iberos* (“Archivo Español de Arqueología”, Núm. 42, 1941, pp. 141 y ss.) El material nuevo que en estos trabajos se da a conocer (Puente, Largo del Jarama, Vinuesa, Coaña, etc.), no modifica en nada importante nuestras conclusiones. El importante material de El Redal había sido ya tenido en cuenta, pues lo conocíamos gracias a la amabilidad de don Blas Taracena.

2 Los “germanos” que llegaron a España mezclados con los celtas y cuyo nombre nos conserva Plinio y aparece en el nombre de lugar de *Oretum Germanorum*, debieron constituir una pequeña tribu llamada específicamente “germanos”. La generalización del nombre a todos los pueblos emparentados de la gran familia germánica viene más tarde, como reconoció ya E. Norden en *Die Germanische Urgeschichte in Tacitus Germania* (1ª edición, 1920), planteando el problema de la existencia de verdaderos ger-

manos en España, en lo que le siguió Schulten y luego nosotros, viniéndose poco a poco a aumentar el número de tales elementos en la península.

3 Los celtíberos del Ebro debieron en un principio llegar hasta Calahorra y formar un grupo compacto hasta el tiempo de Sertorio (entre 77-74 a. de J. C.), según se deduce de un texto de Livio (fragmento del libro 91). Ver Bosch, *Los celtas y el país vasco* ("Revista internacional de los estudios vascos", 1933, p. 21 del sobretiro). Es posible que estos celtíberos del Ebro sean un desprendimiento de los arévacos, aunque también podían haber sido un grupo céltico que hubiese descendido en el momento de la invasión por el camino Pamplona-Tafalla-Olite-Paso del Ebro en Alfaro-Tudela-Tarazona. Lo mismo cabe decir de los "galli" de Gallur y del Gállego.

4 Esta denominación de "posthallstättica" que venimos usando desde 1921 (*Los celtas y la civilización céltica en la península ibérica*, en el "Boletín de la Sociedad Española de Excursiones"), ha sido generalmente aceptado y no hay motivo para cambiarlo, a pesar de que García Bellido (Obermaier-García Bellido, *El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad*, Madrid, 1941, p. 290, nota), la encuentra "exótica, confusa y cacofónica", prefiriendo la simple denominación de céltica. No vemos motivo para la sustitución, pues el nombre de céltico no concreta nada y es verdaderamente confusionario, mientras el de "posthallstättico" tiene la ventaja de referirse a una de las culturas célticas más características y a la vez precisar su posición cronológica, después de la cultura clásica de Hallstatt. Confesamos el exotismo y la cacofonía; pero la terminología arqueológica difícilmente puede prescindir de tales exotismos ni aspirar a una absoluta eufonía.

5 Hubert, *Les celtes à l'époque de La Tène et la civilisation celtique* (París, 1932), p. 89, lo mismo que Pokorny, *Zur Urgeschichte der Illyrier* (Halle, 1938), p. 167, exageran el significado de la influencia de la cultura de La Tène II en España hasta imaginar una nueva invasión, que no hallamos justificada. Otras opiniones acerca de las fechas y proceso de las invasiones célticas son las de Almagro (*El problema de la invasión céltica en España, según los últimos descubrimientos*, en "Investigación y Progreso", Madrid, 1935, p. 180), quien pretende que todos los celtas de España proceden del pueblo de la cultura de las urnas, colocando su entrada en España hacia el siglo VIII-VI a. de J. C. y la reciente de García Bellido (*ob. cit.*, en colaboración con Obermaier, p. 289), el cual admite, al parecer, dos invasiones: una primera en el siglo VIII que basa en la cerámica de Las Cogotas-

Numancia I y del Roquizal del Rullo y la del siglo VI (de nuestros celtas belgas con la cultura posthallstática), no hablando para nada de la de los “Urnenfelder”, aunque cita bibliografía relacionada con ellos.

6 Anderson, *Cornelii Taciti, De origine et situ Germanorum* (Oxford, 1938, pp. XLIV-XLV). Una línea tal de fortificaciones parecía hacer frente, anteriormente, en la época de Hallstatt, al peligro de invasiones desde Alemania, en Lorena, defendiendo el alto Mosela y debió ser abandonada al establecerse la nueva línea mencionada en el texto para la época de La Tène. Ver Hubert, *Les celtes à l'époque de La Tène*, etc., p. 9. Tal línea nueva de fortificación debió dar a los celtas un largo período de paz entre los movimientos del siglo VI y la época de Segoveso y Beloveso: ver Lantier, *Tendances Nouvelles en Archéologie* (“Revue de Synthèse”, XVII, 1939, p. 13).

7 Ver los mapas de Schumacher en *Siedlungs- und Kulturgeschichte der Rheinlande, I* (Maguncia, 1921) y Déchelette, *Manuel d'Archéologie Pré-historique, III* (reproducido por Hubert, *Les celtes et l'expansion celtique jusqu'à l'époque de La Tène*, p. 199).

8 Anderson, *loc. cit.* y Götze, *Die Steinsburg bei Römbild, nach den neueren Untersuchungen* (“Prähistorische Zeitschrift”, 1921-22, pp. 19 y ss.)

9 Obermaier-García Bellido, *El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad* (Madrid, 1941), pp. 298 y 300, figs. 48 y 49.

10 Esta expansión de los vascones hasta Tudela y Alagón, debió ser posterior a Sertorio, por llegar, en su época, los celtíberos del Ebro hasta Calahorra (nota 3 del presente capítulo). El momento en que los vascones alcanzaron la línea de Calahorra no puede precisarse aunque debió coincidir con la desaparición del grupo céltico de los suessiones, que hacia 206 y parecen replegados en las comarcas de Sós y Egea de los Caballeros en Aragón y de Sangüesa en Navarra y que desaparecen de la historia después de 184. Ver nuestro trabajo: *Los celtas y el país vasco*, citado antes.

11 Gómez Moreno, en el “Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid”, XLVI, 1904, p. 255; Leeds, *Excavations in Chun castle* (“Archaeologia”, LXXVI, 1926-27, pp. 205 y ss.) Se ha llegado a hablar del establecimiento de factorías de comerciantes célticos procedentes de España. Ver también Hawkes en “Antiquity”, 1931, pp. 60 y ss. Estrabón, V, 153,

atestigua el conocimiento y utilización de los yacimientos de estaño de la superficie, en la región de la península ibérica aludida.

12 Jacobsthal, *An Iberian bronze found at Sligo* (“Journal of the Royal Society of Antiquaries of Ireland”, LXVIII, 1938, pp. 51 y ss.) En el siglo VI la antigua relación atlántica de los tartesios, la debieron seguir por su cuenta los celtas españoles, sirviendo de intermediarios a los tartesios y éstos a los griegos. Las relaciones comerciales de los tartesios con los celtas de Portugal están atestiguadas por los hallazgos de cerámica ibérica de tipo andaluz en los castros de los alrededores de Figueira, así como en Alcacer do Sal y aun en Lisboa (hallazgos de la Sé de Lisboa). En Alcacer do Sal se encontraron vasos griegos del estilo de Kertsch de la primera mitad del siglo IV, fecha paralela de la abundancia de vasos griegos en las necrópolis ibéricas andaluzas, que debían llegar a los tartesios a través del comercio griego de Hemeroskopion y de las factorías del sureste de España.

13 Ver M. Encarnación Cabré, *Dos tipos genéricos de falcata hispánica* (“Archivo Español de Arte y Arqueología”, 1934, pp. 207 y ss.) De los resultados de la señorita Cabré y de la distribución geográfica de las falcatas en España parece claro que se trata de un tipo que predomina en el territorio ibérico y que es de origen griego, como ya había intentado demostrar Sandars en su estudio *The weapons of the Iberians* (“Archaeologia”, 1913). Nosotros habíamos intentado hacer la falcata un tipo derivado del cuchillo curvo hallstático, pero nuestra hipótesis no parece ya sostenible.

14 Ver Bosch, *Etnología*, p. 510, fig. 464. La riqueza de la civilización hallstática peninsular, que se trasluce a través de este bronce y de otros hallazgos como las diademas de oro de Ribadeo (Asturias), es mal conocida todavía. Otro indicio es el hallazgo del casco hallstático de plata del siglo VI en Caudete de las Fuentes (provincia de Valencia, en el territorio donde suponemos una extensión de los Olcades): ver J. Martínez Santa Olalla, *Ein silbernes Hallstatthelm aus Spanien* (“Forschungen und Fortschritte”, 1933, p. 374) y *Casco de plata céltico de la primera edad del hierro* (“Investigación y Progreso”, VIII, 1934, p. 22).

